

V

La lectura de esta carta me había impresionado mucho. Veía en ella una novela, bien sencilla, de la cual era Ana María la heroína, una pasión feróz que á decir verdad no me costaba trabajo comprender desde que había oído el sonido de su voz, respirado el perfume de su juventud y fijado mis ojos en sus grandes ojos, verdes como el mar y profundos como él.

Imaginaba todo un drama íntimo, una de esas aventuras que en ciertas provincias que son tan pintorescas como fieles han permanecido sus antiguas costumbres, imprimen una gracia poética á los sitios en donde se desarrollan.

Me complacía en examinar con disimulo, procurando no asustar á aquella joven, á quien no podía negar un penetrante encanto y pensaba en los amores que ella había ins-

pirado ya, sin sospechar que podía hacer nacer otros aún.

—¡Muy bien!— la dije—esta carta está bastante clara y yo la comprendo perfectamente. La comprendo sobre todo al miraros. Anita.

—¿Por qué?

—Os quieren en vuestro pueblo, y es muy natural. Veamos, me interesais vivamente; permitidme interrogaros... Si soy demasiado curioso, no me contesteis.

—¡Oh! señor,—dijo ruborizándose.

—Quedásteis huérfana siendo aún muy niña y entónces os recojó y os cuidó esa Francisca. ¿Qué hacíais en Treogat?

—Lo que hacen los niños en la costa: pescábamos langostinos, arreglábamos redes. Algunas veces íbamos á la escuela... pero pocas.

—¿Ganaríais poco?

—Algunos sueldos, pero cuando mi hermana Ivona se vino á Paris, nos ayudaba cuanto podía. Mi madrina la reñía diciéndola que obraría mejor guardando su dinero... que podría necesitarlo algún día.

—¿Queríais á vuestra hermana?

—¡Oh! sí señor.

—¿Era tan linda como vos?

—Yo no sé como soy. Mi hermana Ivona no se parecía á mí. Era morena y más alta.

—Han debido deciros muchas veces que sois hermosa

Se puso seria.

—Muchas veces nó; además yo hablo poco, no soy risueña por naturaleza, porque pienso en mi país y en mis padres, que han muerto. Pienso también en el porvenir y me asusto. Cuando llegué á París me costó mucho trabajo encontrar colocación. Las señoras no me querían. Un día, una de ellas, que tenía un aspecto muy brusco, me dijo: «Hija mía, aunque me pagarais por admitiros en mi casa, no os admitiría, y compadezco á las señoras casadas que os tomen á su servicio.»

Creí que tenía malos informes respecto á mí y me eché á llorar. Las hermanas de la Cruz me recibieron en su casa y me buscaron colocación. Entré á servir en casa de una condesa anciana. Sin ella me hubiera visto obligada á volverme al país. Murió la señora condesa y fui muy feliz en encontrar á Vir-

ginia, que me protegió y me] colocó en vnestra casa.

—¿Cómo conocisteis á Virginia?

—Por casualidad, señor. Iba algunas veces á casa de mi ama cuando tenía de doncella á una de sus amigas. Ella me ha dado buenos consejos y me ha demostrado profersarme buena amistad.

Ana-María suspiró.

—¡En dónde estaría yo ahora si no hubiera sido por ella!

—¿Por qué os negásteis á casaros con el pescador que os pedía en matrimonio?

—¿Daniel Plouer?

—Sí, Daniel Plouer. El rector dice que es rico.

—Rico como se es rico en nuestro país; es decir, que posee una casa, algunas tierras y su barca...

—¿Es mucho?

—Sin duda.

—¿Qué edad tiene?

—Unos treinta años. Es muy violento y colérico. Desde que tuve quince años, le encontraba siempre en mi camino. No le era difícil encontrarme. En la playa cuando iba

á pescar; en el pueblo cuando volvía de mi trabajo, porque yo trabajaba en casa de los vecinos, Daniel me esperaba y me decía cosas que no me agradaban. Algunas veces intentó besarme á la fuerza, y un día no me libre de él sino gritando como una loca, con lo cual conseguí que acudieran los aduaneros y me librarán de él.

Al día siguiente me pidió en matrimonio á mi madrina.

El rector me instaba para que aceptara.

Me decía:

«Casándote con Daniel te quedarás en el país y no serás tan desgraciada como las otras. Ese joven te ama y harás lo que quieras en tu casa.»

Pero yo le temía de tal modo, que por nada del mundo hubiera accedido á ser su mujer.

Contesté que lo pensaría y pocos días después, comprendiendo que yo no aceptaría, se enfureció y colmó á mi madrina de amenazas que no dirigió á ella sino á mí.

Entonces me aconsejaron que me marchara.

Justamente mi pobre hermana había cai-

do enferma. Cuando llegué á París había muerto.

Desde entonces no he vuelto al país más que una vez.

—¿Visteis á ese Daniel?

—Sí, señor.

—¿No os dijo nada?

—El día de mi llegada le encontré cerca de la iglesia. Me detuvo y cogió por el brazo. Era por la mañana. Estaba tranquilo. Pasó el rector, y Daniel me lo mostró diciéndome: «Si hubieras querido, Anita, el señor Ploudsen nos hubiera casado; pero eres ambiciosa: necesitas uno de esos señores ricos de París.»

Traté de calmarle hablándole con dulzura. Pero se irritó, me llenó de injurias y, cogiéndome por una de las muñecas, me oprimió de manera tal, que no tuve más remedio que gritar como el día de la playa.

Acudieron los vecinos y pude escapar; pero de lejos me amenazaba con los puños, diciéndome:

«Estate tranquila; esto no ha concluído; nos volveremos á encontrar.»

Después no me alejaba del pueblo más que

para ir á casa de mi madrina, é iba siempre acompañada por alguien.

—¿Quién os acompañaba?

—El rector algunas veces; otras veces los aduaneros, sobre todo Jocelyn Carhel.

—¿Os ama también ese?

Una vaga sonrisa erró por los labios de la bretona, la sonrisa que se concede á las imágenes indecisas y lejanas.

—¡Pobre muchacho! —murmuró. — Tal vez.

—¿Es un hombre honrado?

—A buen seguro, señor.

La cojió la mano y la atraje hacia mí.

Me pareció que se había estremecido al simple contacto de mis dedos.

—Sed franca, Ana-María, repuse, ese no os desagrada.

—¿En qué lo conoceis?

—En el sonido de vuestra voz cuando habláis de él, en ese no sé qué conmovido y tierno que humedece vuestros ojos. ¿Cómo es ese Carhel?

—Tiene el aspecto de un soldado; es de estatura regular, y rubio.

—¿Cuánto gana?

—Poco; quinientos ó seiscientos francos, apenas.

—¿Se puede vivir con ese steldo?

—Preciso es; además en nuestro país nada está caro y el mar suministra recursos.

Hinchó las alas de sus narices como para aspirar los lejanos colores de su Bretaña.

—¿Ese Carhel se casaría con vos si quisierais?

—Así me lo han dicho.

—¿El?

—¡Oh, no! Jamás ha dejado escapar una palabra respecto á ese asunto al hablar conmigo. Cuando se paseaba conmigo no hablaba nada, no desplegaba los labios.

—¿Quién entónces...?

—Francisca, mi madrina, el señor rector...

—¿Y por qué no se atrevía á hablaros él mismo?

—Es muy tímido sin duda.

—¡Sin embargo, vos no sois tan imponente, Ana María!

—¿No es verdad que no, señor?

Ganada por la familiaridad con que la preguntaba, se había animado poco á poco.

Ya se atrevía á mirarme y yo leía en sus

grandes ojos una especie de alegría interior que la costaba trabajo contener y cuya causa se me ocultaba.

Yo creía en efecto que Ana María amaba á Carhel, y unos celos nacientes mordían mi corazón.

En pocos instantes me había conquistado.

La dije con alguna tristeza:

—Si ese aduanero es honrado; si le conocéis bien; si os ofrece tantas garantías para el porvenir; si en fin no os desagrada, ¿por qué no habeis de consentir en casaros con él?

Se contrajo su rostro; frunció las cejas y respondió con brevedad.

—No quiero casarme.

—Ese es, sin embargo, el deseo de todas las jóvenes.

Se encogió de hombros sonriendo.

—Antes, tal vez hubiera aceptado.

—Antes, decís, Ana-María?...

—Sí.

—¿Y ahora?...

—He cambiado de parecer.

—Pero ¿qué será de vos más tarde?

—No lo sé.

—Es preciso pensar en el porvenir.

Ana-María hizo un gesto de resignación.

—Sea lo que Dios quiera—dijo.

VI

Cuando volví á encontrarme solo, estaba en un estado de ánimo singular, en el cual dominaba el descontento.

Ana-María había desaparecido de pronto después de sus última palabras.

Estas eran para mí un enigma. En el fondo me interesaba Ana-María más de lo que yo hubiera deseado.

Escucháudo, y sobre todo mirándola, había dejado pasar la hora de una cita que tenía con nuestros asociados de las caballerizas de carrera.

Jamás me había ocurrido una cosa semejante.

Yo soy de una puntualidad cronométrica en los asuntos, como sabeis.

Me sentí muy vejado, y una especie de cólera contra mí mismo y contra ella me dominó.

Me preguntaba cómo era que había pasado dos horas hablando con aquella muchacha. Aquellas dos horas habían huido como una sombra, debo confesarlo.

A fin de que no me volviera á ocurrir, llamé al cochero y al pinche y les dí la orden de que marcharan al día siguiente para Marnes á reunirse á la baronesa, y que llevaran con ellos á Ana-María.

— Mi cochero me quiere mucho, al menos así lo creo, y se atrevió á hacer una tímida observación.

— ¿Queda solo el señor?

— Sí.

— Tal vez fuera mejor...

— No, marchad. El portero me bastará...

Anuncié á la baronesa que estaría en Marnes á los tres ó cuatro días lo más tarde.

Pero no me apresuré á ir.

Inventé pretextos para retrasar mi partida y no hice mas que cortas apariciones en Marnes. En efecto, quedé en Paris hasta últimos de mayo, procurando distraerme.

La verdad es que á pesar de los esfuerzos que por conseguirlo hacía, á pesar de las distracciones que procuraba buscar, la imagen

de Ana-Maria no se separaba de mi imaginación.

La veía siempre con su gorrito blanco sobre sus hermosos cabellos rubios, con su fino talle, su soberbio cutis y su delantal, blanco también, destacándose sobre su ajustado vestido negro.

El alejamiento es un buen remedio para esta clase de enfermedades.

Al cabo de quince días la imagen de Ana-Maria no era tan distinta para mí. Poco á poco perdió poder, pero como no se borrara con la prontitud que yo deseaba me ocurrió recurrir á un medio heróico. Este medio era rogar á Virginia que buscara una colocación á su paisana y que tomara otra doncella.

Digo un remedio heróico y puedo añadir que comprendía la necesidad de hacerlo así.

Pero encontré buenas razones para no poner en práctica este sabio proyecto.

En primer lugar no sabia que pretesto dar á este capricho, y en segundo me parecía injusto y cruel. ¿Qué culpa tenía la pobre criatura de lo que ocurría?

¿De qué tenía que reprendérsela?

¿A dónde iría si yo la arrojaba de mi casa?

¿Cuando la hubiera echado á la calle, no en contraría, hermosa como era, algun depravado que la recogiera y abusara de su miseria?

Sabido es como terminan de ordinario esas aventuras.

¡Yo sería causa de sus desgracias!

Despedirla era tal vez un acto de prudencia, pero francamente no estaba en mi carácter; me parecía superior á mis fuerzas y contrarió á la idea que tengo de la generosidad y del honor.

En Marnes no pasamos más de dos meses en la primavera y en el verano. Es más bien el otoño el que pasamos allá á causa de las cacerías que conocéis y que son verdaderamente deliciosas.

Cuando llegué allí estaba el parque en todo su esplendor.

Marnes es una de las residencias más agradables de los alrededores de París, en donde hay tan admirables.

El castillo es relativamente modesto, pero sus inmediaciones y el parque con sus doscientas hectáreas cercadas y las seiscientas de tierra y de bosques, que le rodean, son verdaderamente soberbios.

El baron Imbert era hombre de gusto. Supo arreglar su propiedad de manera que no falte allí nada, bajo el punto de vista confortable.

—Bien lo sabemos, afirmó el doctor Mortimer. Hemos pasado en ella excelentes días.

—Durante algun tiempo,—prosiguió Chatel, apenas vi á la Bretona

Parecía poner cuidado en no encontrarse conmigo, por mí parte no hice ningun esfuerzo por encontrarme con ella.

A veces la veia, por la mañana, en las ventanas de las habitaciones, ocupada en sus tareas, ó pasar por los corredores, siempre coqueta, pero un poco triste, segun me parecía, cuando la casualidad me ponía de improviso en frente de ella.

Me figuraba que la causaba una especie de susto y esto me contrariaba.

En tres semanas, no cambiamos más de diez palabras y estas muy insignificantes.

Vosotros conocéis á la baronesa.

Con ella es un aturdimiento completo, que á veces fatiga.

No pisa, vuela; no habla, arroja trozos de frases corriendo; no está con uno, se la en-

cuentra al paso, como un conejo en un claro.

Está sin cesar de excursiones, de visitas, de recepciones, en obras de vestidos, de sombreros, en elección de telas y en correspondencia con todos los almacenes de París.

La encontraba pocas veces más que á la bretona...

—Sin embargo, por la noche...—dijo Fresneuse con malicia.

—Por la noche, duerme.

—¿Siempre?

Chatel se encogió de hombros con aire contrariado. No tenía ganas de bromas.

—Pero en cambio,—repuso el barón,—Virginia estaba siempre en mi camino.

Un día, me dijo:

—¿No ha quedado contento el señor barón del servicio de Ana María?

Aquella pregunta me sorprendió.

—¿Por qué decís eso?—la pregunté.

—¡Porque el señor la envió tan pronto!... Ella está llena de pena y un tanto avergonzada; cree que no ha complacido al señor barón.

—¿Por qué cree eso?

Corté aquella conversación con un mo-

vimiento de mal humor, añadiendo bruscamente:

—No sé lo que quereis decir.

Y me fuí al parque.

Puesto que lo conoceis no necesito describíroslo.

Eran las cinco de la tarde del día 30 de junio.

Esta fecha estará siempre impresa en mi memoria.

Los criados andaban cada uno por su lado ocupados en sus labores.

Los hortelanos trabajan en la huerta.

Los guardas hacían su servicio en el bosque.

Esperábamos gente á comer, de seguro no os acordareis, pero os esperábamos á los cuatro en el tren de las siete.

Había mandado á mi cochero que fuera á buscaros á Rambouillet con el *break*, y Angela, siguiendo su costumbre, había partido en su victoria para Montfort, á hostigar á unos amigos en su escondite, á los de Plezsis.

—Conocido,—dijo,—de Aubagny. ¡Portolillos en plena luna de miel!

—Entre paréntesis, debió de hacerles poca gracia,—dijo el doctor.

—El parque estaba, pues, desierto ó poco menos,—continuó el barón.—Me metí en él por huir de las preguntas de Virginia y de sus miradas que contenían cierta dosis de ironía. Y además tenía necesidad de estar solo. Para decirlo todo, desde que había vuelto á ver á Ana María, me sentía inquieto, atormentado, disgustado. Me faltaba algo y la tranquilidad de que gozaba antes, ó más bien, de que había gozado siempre, estaba turbada, comprometida.

Aquél día estaba el cielo ligeramente nublado, el aire era caliente y el tiempo estaba tempestuoso y pesado.

Las flores embalsamaban el ambiente.

En los prados que bordan el arroyo del Peray, había montones de heno.

En el momento en que pasaba por la estrella que forman las cinco avenidas de los grandes bosques, noté en el fondo del lado del estanque una sombra negra que se deslizaba de un árbol á otro como una gamuza.

¿Qué era aquella sombra? Evidentemente era una mujer, ¿pero qué mujer era?

Una violenta curiosidad se apoderó de mí. Me volvía la espalda y me había sido imposible reconocerla, así como á ella la era imposible verme.

Pero la idea de la pequeña bretona me asaltó en seguida la imaginación.

Me oculté detrás del tronco de un árbol y examiné con atención aquella sombra fugitiva.

Debía de ser ella, en efecto.

Tenía su estatura, su apostura, y en un rayo de sol que filtraba por entre las ramas de los árboles, creí ver relucir sus dorados cabellos.

¿A dónde iba?

A alguna cita, sin duda.

Confieso que mi primer movimiento fué de decepción y de cólera.

¡Me había engañado, pues, con su aire de ingenuidad, con aquella casta mirada de virgen que me dirigía con tanta timidez, con el rubor que subía tan repentinamente á su rostro, con las lágrimas tan prontas á salir de sus ojos!

¡Las mujeres todas son iguales!

Me acordé de la extraña entonación con

que me había contestado en la avenida Gabriel cuando la aconsejaba que se casara con el aduanero.

—¡No quiero casarme!... ¡Hubiera consentido ántes, tal vez... ahora he cambiado de parecer!

Porque, detalle singular, tenía grabadas en mi imaginación sus más insignificantes palabras, sus menores gestos.

Se explicaba muy naturalmente aquel cambio.

Algún amoreillo era la causa; alguna intriga de esas que ocurren todos los días en París, esta Gomorra de las costumbres, esta Sodoma moderna.

¡Estaba furioso por mi descubrimiento y dispuesto á fulminar los mas grandes anatemas contra el vicio, con un vigor muy sorprendente en mi boca!

¿Por qué? ¿De dónde procedía esta súbita indignación?

Observaba entretanto á la fugitiva con mirada celosa. La vi continuar su camino con las mismas precauciones, furtivamente, á través de los bosquecillos, como la caza que se oculta.

Desapareció, y en seguida, ¡vergüenza me da decirlo! me lancé en su persecución como el agente que sigue á un criminal, ó, mejor dicho, como un espía, para vigilarla y asegurarme de su falta.

Tomaba las mismas precauciones que ella.

Me deslizaba de árbol en árbol, procurando que la arena de los paseos ó las hojas secas no produjeran ruido bajo mis pies; me cubría con los arbustos que encontraba en mi camino; yo también avanzaba furtivamente, como un malhechor, y al cabo de diez minutos de marcha, llegué, por fin, á la orilla de los bosques que limitan por un lado el estanque de Marnes.

No había vuelto á ver á la fugitiva.

Allí me detuve á la sombra de una encina secular, cuya inmensa copa estaba sostenida por un enorme y bajo tronco, y me orienté.

VII

El paraje que servía de marco á la escena que voy á contaros, es hermoso como un paisaje de Troyon ó de Rousseau.

Allí no se cree uno estar en un parque de las inmediaciones de Paris, sino en algún rincón de los bosques de la Nievre ó de la Normandía.

A mi izquierda, el arroyo, detenido por una presa en una garganta profunda, formaba un estanque de unas quince fanegas de extensión.

No, es el infinito; pero ya es una extensión bastante considerable y forma un pequeño mar interior de alguna importancia.

El agua reflejaba los rayos de un ardiente sol, y ni una oscilación alteraba la superficie.

Este estanque está cercado por todas partes de bosques, excepto en un pequeño claro,